

Más allá el fútbol

Juan David Montoya

Resumen

El texto nos muestra la relación que hay entre fútbol y muerte, y cómo el fanatismo de los hinchas los lleva a soñar con que aun después de muertos, seguirán apoyando a su equipo.

Palabras claves: fútbol, muerte, hinchas, fanáticos

Abstract:

The text shows the relationship between football and death, and how fanaticism leads fans to dream that even after death, fanatics are still supporting their teams.

La romería de dolientes baña en besos, mimos y oraciones las tumbas. Las golondrinas bailan a lo largo de la bóveda. Vuelan rasantes entre los pilares blancos y a pocos centímetros de la sarta de lápidas adornadas por el escudo verde del Atlético Nacional, o las banderas rojas del Independiente Medellín. Llegó la tarde soleada después de una mañana opaca. Cada domingo el cementerio San Pedro de Medellín vive. Las flores están frescas. Las serenatas –a 500 pesos la canción– suenan en homenaje a los muertos.

Alejandro Quiceno hace parte de la hinchada del más allá más visitada el día de hoy. Delante de su tumba, la foto que le recuerda lo muestra trigueño, flaco, *tuso* y vistiendo la camiseta de su equipo de fútbol: el Independiente Medellín. Hace un año que lo asesinaron. Su padre mastica un rencor lento y seco mientras enjuaga la puerta de mármol que, como la muerte, aprisiona a su hijo. Entre tanto Michele Dayana, de unos tres años, juega al frente del sepulcro de su padre.

–Se fue Alejandro y me quedó ella –dice Don Jairo, un hincha rojo, barrigón y tranquilo que masculla groserías sin rabia, pero de forma sentida contra quienes le quitaron a su hijo.

Cuenta de él que “su vida era el Poderoso”, que “iba al estadio cuando tenía plata” y que su entrenador le prometió que jugaría como su ídolo, Roberto Carlos Cortés. En su maleta cargaba camisetas del DIM, de Brasil y del Boca para no perder juego con ninguno de los equipos en que militaba. Varias veces al día batallaba por la punta izquierda en templos arenosos de la ciudad de Medellín, como los de Campo Valdés, San Isidro o El Playón.

“Pudo llegar muy lejos...”, dice con voz invulnerable Don Jairo, “pero no le alcanzó”. Después de prestar el servicio militar Alejandro iba a jugar la Liga, un torneo de alto nivel previo al profesional. Adentro: un ataúd, su cuerpo y la camiseta roja del Medellín. Afuera: su lápida, su foto, su padre y su hija.

–¿Y de quién es hincha ella?

–Más hincha del Medellín que un berraco –responde Don Jairo–. Ella ya canta *poeroso, poeroso*. Nosotros tenemos un cuadro grande de Alejandro en la sala. La niña se le acerca y le dice: “papi hincha de Medellín ¿sí?, hincha de Medellín...”

Tribuna celestial

Carlos Andrés Londoño Quintero y “Chumilo” libran una pelea sorda en lo alto de la bóveda de Los Dolores del mismo cementerio en que descansa Alejandro. A estos dos hinchas ni la muerte los libró de la rivalidad, los celos o quizás la envidia. Duermen, uno al lado del otro, entre los corazones de icopor rojo de Carlos Andrés y el tapizado verde de “Chumilo”.

En un vuelo que recorra la misma galería, una golondrina puede rozar otras 46 tumbas que muestran, sea con adhesivos –hasta nueve–, colores, cartas, fotos o banderitas, que para muchos en la vida hay sólo tres cosas que deben quedar dichas en nuestro sitio de descanso: nuestro nombre, la fecha en que fallecemos y el equipo de nuestros amores.

Lápidas pintadas del rojo “poderoso” y el verde “copero” afrontan una carrera por demostrar que desde allá, dondequiera que estén, los difuntos siguen siendo hinchas y que la muerte no siempre es gris.

A veces ni los nombres, ni el día en que partimos importan tanto como el equipo de nuestra devoción. Tan abarrotadas están sus lozas de bisutería roja y verde que desde el suelo el visitante del lugar no puede advertir qué día fallecieron. Puede enterarse, eso sí, de que a Carlos le llamaban “Magú” y era hincha del Medellín, y que “Chumilo” era de apellido Castaño e hincha del verde Atlético Nacional. Nada más.

Con la reciente crisis de resultados se entiende que al aficionado que tiene sobre su lápida la consigna *Nacional muero por vos*, le dediquen la frase: “Socio, usted está mejor que nosotros”. El verde ganó ayer, por lo que sus difuntos debieron amanecer contentos.

El Rojo visita hoy al Cúcuta. Ante la normalidad del conjunto que ha vuelto a su grandeza consuetudinaria –la de perder–, a los hinchas de la eternidad les llueven súplicas desde el estadio. Muchos ruegos caen en saco roto desde que, rodeados de lirios y rosas plásticas rojiazules, la vuelta en Pasto les permite, por fin, descansar en paz. Si los asuntos pendientes amarraran el alma a este mundo, en la noche del 18 de diciembre del 2002, cuando después de casi medio siglo de no salir campeón los rojos besaron la copa, la fila para entrar al cielo –y al infierno, por qué no– habría tenido varias cuerdas de largo.

Hay algo especial en los hinchas del Medellín que confirma que el hombre busca un equipo y la muerte, quizás inconscientemente, como que busca el sufrimiento. “Yo me mato por el rojo”, jura la mayoría de ellos sin importar que la lucha de la tarde no sea por alcanzar el primer lugar sino por alejarse del último.

Aquí los hinchas muertos no están tan muertos. El adhesivo “Yo ♥ Dim” niega de manera categórica la muerte de Edison López. Sí, su corazón podría continuar siendo rojo porque si la vida se prolonga después de la muerte hay razón para creer que desde fuera de la carne humana se puede sufrir por un equipo y acompañar a una hinchada. Así lo demuestra casi con la fuerza de un grito de gol, pero en letras, aquel que desde su tumba y la eternidad anuncia que está “Con el DIM, hasta el fin”.

Culto al balón

En número y fervor, las lápidas consagradas al Medellín o al Nacional sólo pueden ser comparadas a las ofrecidas en altares de calcomanías a Dios, Jesús o María. Fútbol y religión compiten por los predios de la muerte en el cementerio y fuera de él. Ambas religiones, la cristiana católica y la del fútbol, escogieron el domingo como el día en que sus feligreses deben peregrinar hacia su templo; prometen la gloria y dan sentido al existir de sus creyentes, congregan a miles de militantes y despiertan la más intensa de las pasiones con fe ciega.

Una le rinde culto a un ser etéreo y otra lo hace a un elemento mucho más terrenal y concreto, del que casi nadie duda de su existencia: un pedazo de cuero. Éste, entre los pies de “dioses” dignos de culto también, hace que los hinchas alcancen la gloria prometida por la religión tradicional sin necesidad de la incertidumbre ni la espera de la muerte. Un túnel, éxtasis. Un taquito, felicidad. Un gol, la gloria más divina. Con la vuelta olímpica se sale de ese paraíso de sentimientos gaseosos y se vuelve a la tierra de Adán: cuando menos un ataque cardíaco.

En los rosarios verdes o rojos, o en la imagen de María Auxiliadora de vestidura rojiazul, los medellinenses rinden culto simultáneo a Dios y al “Señor” fútbol en armonía. Contrario a lo que pasa en muchos feligreses con el primer mandamiento cristiano por cuenta de este deporte profano.

Las ciudades de los muertos ya no sufren la hegemonía de una de las dos religiones. Allí y ahora, pelota y muerte se entropiennan. Quizás porque hay una relación inconsciente o soterrada entre las dos. Según Gregorio Henríquez, antropólogo del Museo Cementerio San Pedro, “el fútbol es una guerra simbólica en la que se defienden los colores, el escudo, una bandera”.

Y ya que desde siempre guerra ha traído muerte, sería conveniente recordar, por si acaso, la sabiduría inmensa de los niños. Carisucios y sudorosos explican en su canto para qué sirve de verdad el fútbol, la vida y las cosas realmente importantes en ella. La rima, lanzada en el momento sublime después del juego, llegó a oídos de un uruguayo que la recordaría más tarde así: “ganamos/ perdimos/ igual nos divertimos”.

Fútbol: gloria terrenal

Si la historia de Medellín se escribiera con sonrisas, habría que olvidar los bombazos, los muertos, los secuestros, la pobreza... y recordar la copa Libertadores del Nacional, las últimas dos vueltas del rojo y los Mundiales. El fútbol pelea en los peores momentos, quizás porque es una poderosa “estrategia para conservar la alegría”, como diría la académica María Teresa Uribe. Si bien Nicaragua y El Salvador, o Argentina e Inglaterra han utilizado este inocente juego para encubrir odios, ante la muerte, la guerra y la desesperanza, fútbol y más fútbol.

Jugar porque sí, por diversión. “Para que seamos capaces de fundar la alegría en el propio altar de la muerte”, según Gonzalo Medina. Como los soldados británicos y alemanes que en la Navidad de 1915, no se sabe cómo, dejaron el fúsil en la trinchera y pusieron a rodar la pelota en plena Guerra Mundial. O como los combos de Medellín de los noventa: aprendieron que además de balas, a sus rivales también les podían disparar balonzos.

Se podría decir, como los ingleses, que por cosas como éstas el fútbol es “el juego más lindo del mundo” o algo muy parecido. Y que en Medellín este deporte con visos de arte, como dice Uribe, es la “concreción o manifestación de la cultura urbana popular y de sus prácticas de resistencia y de supervivencia social”.

¡Supervivencia! Así es. En Medellín no se puede hablar de fútbol sin hablar de sueños, de Higuíta, de Leonel, de barriada, de esperanza. En 1994 Uribe escribía que esta ciudad “ha visto sacrificar en sus calles a toda una generación de jóvenes, pero que al mismo tiempo le hace gambetas a la muerte”. Y ahora, año 2006, el fútbol continúa atacando las desdichas del hombre. Es el burladero de la soledad, la tristeza, la pobreza y la infelicidad. Aquí el fútbol es para los niños lo que el *modelaje* para las niñas. Según Henríquez, “se ha convertido en consuelo de los afligidos, en la única oportunidad de salir adelante, de ser parte de algo, de tocar la gloria”.

Verde camposanto

Muy agachadita, detrás del banderín de la esquina, o al lado del palo, o entre los anuncios publicitarios, ahí, sin que la vean y con la hoz como asta de bandera, probablemente se esconde la muerte. A excepción de este año, siempre es suyo el mejor grupo de la única batalla entre países hermosa de verdad: el mundial.

Ella seguro inspira el riflazo del delantero que "tira a matar". Tiene pase propio: hacia atrás y lo más cerca posible del arco. Es suyo el punto de la cancha a once pasos del portero. También cumple con su trabajo cada vez que hay cartón rojo.

Veintidós criaturas existen dentro de este pequeño universo verde llamado cancha para ganar, para ser gobernados por un ser omnívoro de pito y camisa por dentro que tiene a la parca en una tarjeta comodín. Por algo dicen que a dios, como al árbitro, y asimismo a la muerte, habría que inventárselos si no existieran. De hecho así sucedió. Cansados de carreras y canillas destrozadas, fue necesario el debut de la tarjeta roja, sólo después de casi un siglo de fútbol marcial.

Y la muerte pocas veces abandona los estadios porque definitivamente tiene velas en este entierro. Está en las injurias hacia la otra hinchada, en el grito de impotencia dirigido al árbitro y en los "trapos" que recuerdan los mártires que murieron por el fútbol.

Ocurre que algunos difuntos nunca salen de la cancha. Andrés Escobar, el que decía que en el fútbol no mataban a nadie, dejó este mundo horas antes de que 120 mil hinchas se agolparan sobre el cementerio donde moraría el mártir que dejó el lado oscuro del balón. Él se encomendaba al "Señor" y a María Auxiliadora. Entraba a la cancha con el pie derecho, siendo zurdo, y se echaba la bendición.

En la final Nacional-América titilantes llamas alumbraban la estatua de bronce que los medellinenses construyeron en su honor. Ahora es al patrono del fútbol Andrés Escobar, a quien le encienden veladoras. Doce años después de ese día negro de 1994, cada vez que el árbitro pita el inicio del partido, Jhon Hoyos eleva al cielo su mano derecha y sus ojos para que con una oración rápida Andrés les ayude a ganar el juego.

En la cancha por siempre

La pasión por la pelota ha traído vida y esperanza, como se ha dicho, pero también muerte. A Jaime de Jesús Parra hasta los *traquetos* lo llamaban a jugar por *calidoso*. En una de esas invitaciones, minutos antes de que su mágico guayo se encontrara con el balón, cuenta su sobrino, fue asesinado para no dejar testigos.

En seis años, Jhon Hoyos sólo entró a una iglesia para llorar el aniversario de la muerte de Andrés Escobar y para despedir a Fredy, un hincha del verde

de la barra Los del Sur que murió en un accidente de tránsito en la carretera a Ibagué. Por supuesto, ese 4 de abril del 2004 Fredy iba a ver al Nacional movido por el amor que lo llevaba por toda Colombia. En vez de gregorianos, se escucharon los cantos de la tribuna en su despedida de este mundo: "Jhony, Jhony querido, esta hinchada jamás te va a olvidar".

A veces, cuenta el antropólogo Henríquez, llegan al San Pedro "tribus" desde los barrios boleando banderas como si fueran para el estadio. El adiós festivo es un ritual que la familia pocas veces rechaza a pesar de su dolor. Si lo hiciera, "estaría traicionando lo que el difunto fue en vida".

Esto demuestra que el fútbol, como la muerte, es una de las más efectivas –y antiguas– formas de cohesión de Suramérica. Rubén, o "Rubiola", como le dicen los otros sureños, no se llevaba bien con Fredy. Sin embargo, explica que "la barra es una sociedad. Todo el mundo se conoce", y admite que a la final "también me duele".

Jhon Hoyos tampoco lo conocía bien y no iba a la iglesia más que para el aniversario de la muerte de Andrés; sin embargo, fue a su entierro a cantar como en el Atanasio. Para él la muerte se relaciona con el fútbol porque ella es eterna y el fútbol también.

Al vivir una vida consagrada a él, la muerte, con su inercia eterna, no será lo contrario. "El día en que yo me muera quiero mi cajón pintado de verde y blanco como mi corazón", cantó aquel día. El mismo canto que ha recorrido los estadios de América Latina.

No es mentira. Su deseo es que cuando muera su ataúd sea verde. Si en vida estuvo rodeado de lo que él llama "el folclor del fútbol", en el día de su muerte quiere festejo: más fútbol. "Yo quiero en mi funeral una gran fiesta, con la camiseta verde y banderas"; luego agrega sin rastro del humano miedo a la muerte: "pero fiesta".

En el tiempo, fútbol y muerte toman caminos contrarios a los que recorrieron para acariciarse en el cementerio y la cancha. Muerte: eternidad que muchos quisiéramos que ocurriese en un instante. Pasa todo lo contrario con un gol, con el fútbol. La muerte palpita en los estadios casi como el fútbol ronda en los cementerios. Esta unión será indisoluble el día en que muera Jhony San Pedro Marín.

Cuando el árbitro pite el inicio del juego y Jhon esté elevando su plegaria a Andrés, Jhony, mecido por el viento y los cantos, ya habrá alcanzado la cancha, los perros calientes y las gaseosas, las banderas, los rincones más meados del Atanasio, el balón, los jugadores, el cielo.

Entre rollos de papel, confeti, humo de extintor, pólvora, aplausos, gritos y júbilo, sólo si su voluntad se cumple, Jhony habitará este templo llamado estadio. Cuando salte a la cancha su vida, cuando salga por el túnel su equipo, sus cenizas esparcidas caerán como llovizna negra. ■